

Solo viajaban dos parejas. Destino: Buzios, Brasil.

El avión despegó a las 20.15hrs., el cielo se encontraba despejado y la noche tranquila parecía envolver los sueños de estos cuatro viajeros. Victoria, llevaba el pelo pelirrojo y ondulado hasta la cintura. Tenía pecas y su cutis lozano no advertían más de veinticinco años. Leía una revista de espectáculos, frívola, pasatista, pero por alguna extraña razón, le generaba más placer que el abrazo de su novio Nahuel, al que ya no soportaba, al que complacía por rutina, ¿por comodidad?, para no decepcionar a sus padres, ni tener que dar explicaciones a quién no quería. Prefería llevar la escena ficcional de un amor único y profundo, cuando en realidad el rechazo que sentía por él era visceral. La vida con él se había convertido en una sucesión de acartonados encuentros en restaurantes caros, hoteles lujos, y joyas de Swarovski, que todos los meses él acostumbraba a regalarle.

Con cinco asientos de diferencia, Gabriel leía compenetrado y casi frenético una novela de Stephen King, su autor preferido desde los 16 años. Ya habían pasado veinte años, desde que había descubierto IT. Solía contarle a todo el mundo, que había quedado tan atrapado con la historia del payaso, que luego de haberse devorado su lectura en solo una noche, por 24 hs no pudo conciliar el sueño. Cumplía diez años de casado con Ana, una médica pediatra del Garrahan. Eran felices, o eso él creía. Ella todavía le gustaba y eso le hacía pensar que era suficiente para ser feliz. A veces, por el contrario, pensaba que era aburrido compartir la vida con alguien que hacía lo mismo que él.

Gabriel era cirujano pediátrico, y se habían conocido una tarde de abril, húmeda y con neblina, en los pasillos de la facultad de Medicina. Él era Jefe de Trabajos Prácticos de la Cátedra Cirugía General. Los ojos azules y el cuerpo diminuto de Ana, no habían pasado desapercibidos para Gabriel, quién apenas la vio pasar no se detuvo hasta averiguar quién era, si tenía novio, si estaba casada, y todo ese tipo de consultas detectivescas que se realizan cuando alguien nos seduce, nos impacta, nos rompe la estructura, como popularmente se dice. Ana dormía.

La azafata, esbelta, con el cabello rubio destellante, perfectamente recogido, y una sonrisa luminosa, se acercó para ofrecerles algo de beber. Ninguno de los tripulantes quiso beber nada. La atmósfera era tan apacible y perfecta, que ninguno quería romper con esa burbuja del viaje soñado.

Buzios era el destino más apreciado por los enamorados, y ellos lo sabían.

Mientras Victoria no dejaba de leer, Nahuel tomó con delicadeza su brazo y la acarició despacio. Ella, con elegancia, se corrió y le manifestó que tenía sueño. Cerró la revista, tomó la manta de viaje, se tapó e hizo que se cerraba sus ojos. Nahuel no parecía comprender la infinidad de señales que su novia le venía manifestando desde hace meses. No percibía el rechazo o elegía seguir haciéndose el desentendido. En su ego, se afirmaba una y mil veces, pensaba que cualquier mujer desearía estar en el lugar de Victoria, ser la destinataria de todas esas atenciones, regalos y paseos caros. Todo lo que él hacía con ella era suntuoso, oneroso, y exagerado, por momentos. Le obsequiaba vestidos, carteras y perfumes de las marcas más reconocidas. Era la forma de manifestarle su amor. Cuánto más pagaba por un objeto, más amor sentía que le demostraba. Para Victoria era todo lo contrario. Cuánto más pagaba por ella, más despreciada se sentía.

Había pasado una hora y quince minutos desde el despegue. Todo parecía estar en armonía. Gabriel se había quedado dormido con el libro de Stephen King en la mano. Ana seguía dormida. Victoria se hacía la dormida. Nahuel con los ojos como búho, y bien abiertos, no entendía que pasaba entre Victoria y él.

De repente el cielo despejado y estrellado se abrió a una tormenta de niebla y lluvia. El avión empezó a moverse. Primero fue imperceptible. Después la intensidad subió. Ana y Gabriel se despertaron exaltados. Victoria comenzó a gritar. Nahuel trataba de calmarla. La voz del piloto exigía calma y tranquilidad, con el argumento de que todo estaría bajo control cuando terminaran de atravesar la tormenta.

La fuerza del viento contraatacó con vehemencia y otra vez el avión perdió inestabilidad. Victoria volvió a gritar y Nahuel le levantó aún más la voz, para hacerla callar. Ella empalideció y tuvo que tomar la bolsa para vomitar. Gabriel se quitó el cinturón de seguridad para asistirle. Siempre que una persona cerca de él se sentía mal, le urgía salir a ayudar. Estaba en él. No podía evitarlo. Había presenciado tantos accidentes, tragedias, operaciones, que formaba parte de ese ADN que llevaba en su cuerpo.

La azafata también se acercó y le pidió a los cuatro pasajeros que guardaran la calma, que pronto todo volvería estar como en el comienzo.

Pero la verdad es que nada volvió a estar como en el comienzo.

Apenas Gabriel tomó el pulso de Victoria para saber cómo estaban sus latidos y presión, sintió en su corazón la tersura de esa piel blanca y transparente. Le miró la boca en rosado pálido, carnosa, delineada por un artista. Los bucles que le tapaban suavemente el contorno de su cuello y el perfume que desprendía era una mezcla de jazmín y fresas. Se enloqueció. Trató de escudarse en su rol de médico. Le habló a Nahuel y se presentó. Le pidió a la azafata que le trajese un vaso de agua. Victoria lo bebió de a sorbos, delicadamente.

Ana contemplaba todo desde su asiento. Sabía que su marido siempre colaboraba en momentos de pánico generalizado y por eso lo había elegido, por eso lo admiraba tanto.

La pericia del piloto logró atravesar ese túnel ventoso y con precipitaciones. El control y la tranquilidad trajeron aires de serenidad para los viajeros. Gabriel seguía al lado de Victoria, escudándose en que esperaba verla recuperada del todo, pero lo único que lo motivaba era poder extender el tiempo en que podría contemplarla. Nahuel no tuvo problema en que Gabriel se sentara al lado de ella. En definitiva, Victoria le venía demostrando el descontento durante todo el vuelo. Ana se volvió a dormir. Nahuel se levantó para ir al toilette.

Gabriel y Victoria se quedaron solos unos minutos. Ella le agradeció lo que había hecho por ella. Los ojos negros, gatunos, se le dilataron y a Gabriel lo estremecieron más que los azules, que una vez lo hechizaron, bajo la mirada de Ana. Se sonrojaron. Hubiese querido besarla y no estar casado con Ana y no recordar que ese viaje era un regalo que él le había hecho a su esposa por los diez años. Victoria sintió la liberación de su deseo en la mirada de Gabriel. Ese era el hombre con el que ella podría compartir el cielo y el infierno. Dejó que se le cayera, a propósito, el bretel de su musculosa, y Gabriel quedó desarmado frente a la desnudez y aterciopelada piel que sutilmente clamaba su beso, su mordida. Nahuel salió del toilette. Gabriel se incorporó y le manifestó que Victoria ya se encontraba bien, con el pulso y la presión normal, pero que le recomendaba que al descender fuese vista por un médico clínico, para asegurarse que todo marchaba bien.

Gabriel regresó a su asiento. Ana seguía dormida. Victoria giró disimuladamente su cabeza para ver a Gabriel. Se miraron más allá de las almas. Los cuerpos latían. El deseo los ataba. La turbulencia había sido superada, pero la turbulencia de sus corazones recién comenzaba y no sabían si iban a salir ilesos.